

pone de manifiesto estos incontrovertibles argumentos: «Si es malo vivir en la necesidad, al menos de ello no hay necesidad alguna.» «Nadie vive mal durante largo tiempo sino por su propia culpa.» A quien carece de fuerzas para soportar la muerte y la vida; á quien no quiere ni resistir ni huir, ¿qué remedio puede recomendársele?

CAPÍTULO XLI

DE LA CODICIA DE LA GLORIA

De todos los ensueños de este mundo ninguno hay más universalmente aceptado y extendido que la ceguedad del renombre y de la gloria, la cual nos domina con tal imperio que á ella sacrificamos las riquezas, el sosiego, la vida y la salud, que son bienes efectivos y tangibles, para ir en pos de aquella vana imagen engañadora, que es voz sin cuerpo ni figura:

La fama, che invaghisce a un dolce suono
Voi superbi mortali, e par si bella,
E un'eco, un sogno, anzi del sogno un'ombra
Ch'ad ogni vento si dilegua e sgombra¹.

De cuantos sentimientos irrazonables el hombre alimenta, diríase que hasta los mismos filósofos se libran más tarde y con mayor dificultad de esta quimera que de ninguna otra, por ser la más tenaz y persistente: *quia etiam bene proficientes animos tentare non cessat*². Ninguna ilusión existe de que la razón acuse tan claramente la vanidad, pero ésta reside en nosotros de manera tan viva y arraigada, que ignoro si jamás hombre alguno ha sido capaz de desembarazarse de ella por completo. Después de haberlo dicho todo; después de haberlo todo imaginado para combatirla, todavía produce en nuestra alma una inclinación tan intensa y avasalladora, que deja pocas probabilidades de vencerla; pues como Cicerón afirma, hasta los mismos que la combaten quieren que los libros que componen con tal designio lleven su nombre, y pretenden conquistarla por haberla desdenado. Todas las demás cosas de la vida se comunican de buen grado, mas de la gloria nos encontramos avaros; prestamos nuestro bienes, sacrificamos nuestra vida á las necesidades de nuestros amigos; pero hacer jamás á otro presente del propio honor y gloria, es caso peregrino é inaudito.

1. La fama, cuya dulce voz trastorna á los soberbios mortales y que les parece tan encantadora, no es sino un eco, un sueño; ó más bien la sombra de un sueño, que se desvanece y disipa en un momento. Tasso, *Jerusalén.* canto XVI, estancia 63.

2. Porque no cesa de tentar hasta á los mismos que progresaron en la virtud. SAN AGUSTÍN, *de Civit. Dei*, V, 15.

En la guerra contra los cimbrios¹ hizo Catulo Luctacio cuantos esfuerzos estuvieron en su mano por detener á sus soldados que huían ante el enemigo, y se colocó entre ellos, simulando la cobardía y el miedo, á fin de que su ejército pareciese más bien seguirle, que escapar ante los adversarios. Por ocultar la deshonra ajena perdía la propia reputación. Cuando Carlos V pasó á Provenza, en el año 1537, asegurase que Antonio de Leyva, viendo al emperador decidido á emprender la expedición, que consideraba de sumo provecho para su gloria, fué de parecer, sin embargo, aparentemente que el monarca no la hiciera, y trató de disuadirle con objeto de que todo el honor y gloria del proyecto fuesen atribuidos á Carlos V, y que se encarecieran luego su perspicacia y previsión, puesto que contra la opinión de todos se oponía al viaje. Habiendo los embajadores de Tracia dado el pésame á Arquileonide, madre de Brásidas, por la muerte de su hijo, cuya memoria ensalzaron hasta asegurar que en el mundo no existía quien se le asemejara, aquélla rechazó la alabanza privada para comunicarla al pueblo, reponiendo: «No me habléis de tal suerte; bien sé que en la ciudad de Esparta hay muchos ciudadanos más grandes y más valientes que mi hijo.» En la batalla de Crecy se encomendó al príncipe de Gales, joven aún, el mando de la vanguardia; la resistencia principal del encuentro tuvo lugar precisamente merced al arrojé de dichas fuerzas; hallándose en situación comprometida, los señores que le acompañaban rogaron al rey Eduardo que se acercara para socorrerle. Informado éste de la situación de su hijo, tuvo conocimiento de que aún se mantenía vivo sobre su caballo, y exclamó: «Le perjudicaría si fuese á despojarle del honor de la victoria de este combate, á que hasta ahora con solas sus fuerzas ha hecho frente; la gloria debe pertenecerle por entero.» No queriendo verle ni enviar á nadie en su ayuda, y conociendo que de obrar diferentemente hubiérase dicho que habría perdido sin su concurso, y que se le atribuiría la gloria del combate. *Semper enim quod postremum adjectum est, id rem totam videtur traxisse*². Algunos creían en Roma, y era frecuente oírlo, que las principales hazañas de Escipión eran en parte debidas á Lelio, el cual sin embargo proclamaba y secundaba por todas partes la grandeza y gloria de aquél, sin preocuparse para nada de las suyas. Teopompo, rey de Esparta, contestaba á los que le decían que la república se mantenía bajo su mando porque era un excelente gobernante, que no era aquélla la causa, sino que el pueblo sabía obedecer las leyes.

1. Como se ve por ejemplos que siguen, Montaigne habla en este capítulo de las excepciones á lo que deja sentado en el epigrafe anterior, es decir, de algunos personajes cuya generosidad fué tan rara que de su propia gloria hicieron presente á los demás ó que la sacrificaron en beneficio ajeno.

2. Los postreros en llegar al combate semejan haber decidido solos la victoria. Tito Livio, XXVII, 45.

Como la mujeres que sucedían á los pares, no obstante su sexo, tenían el derecho de asistir y emitir su opinión en las causas pertenecientes á la jurisdicción de aquéllos, así los eclesiásticos, á pesar de su profesión, estaban obligados á prestar su concurso á los reyes en las guerras, no sólo con sus amigos y servidores, sino con sus personas mismas. Encontrándose el obispo de Beauvais con Felipe Augusto en la batalla de Bouvines, tomó una parte ardorosa en el combate, mas parecióle que no debía sacar ningún provecho de la gloria de una batalla que había sido tan sangrienta; el prelado se había hecho dueño de algunos enemigos aquel día, y entregábalos al primer caballero que encontraba para que los ahorcase ó hiciese prisioneros, creyendo resignar con ello toda responsabilidad; así puso en manos á Guillermo, conde de Salsberi, del señor Juan de Nesle. Por un caso singular de sutileza de conciencia, semejante al de que antes hablé, estaba conforme con matar, pero no con herir, por lo cual combatía con una gruesa maza. Alguien en mi tiempo, á quien el rey censuró por haber puesto las manos en un eclesiástico, lo negaba en redondo con toda frescura, y alegaba que no había hecho más que echarle por tierra y pisotearle.

CAPÍTULO XLII

DE LA DESIGUALDAD QUE EXISTE ENTRE NOSOTROS

Dice Plutarco, en un pasaje de sus obras, que encuentra menos diferencia entre dos animales que entre un hombre y otro hombre; y para sentar este aserto habla sólo de la capacidad del alma y de sus cualidades internas. Yo, á la verdad, creo firmemente que Epaminondas, según yo lo imagino, sobrepasa en grado tan supremo á tal ó cual hombre que conozco (y hablo de uno capaz de sentido común) que á mi entender puede amplificarse el dicho de Plutarco, diciendo que hay mayor diferencia de tal hombre á cual otro, que entre tal hombre y tal animal:

Hem! vir viro quid præstat * ?

y que existen tantos grados en el espíritu humano como brazos de la tierra al cielo, y tan innumerables. Y á propósito del juicio que se hace de los hombres, es peregrino que, salvo las personas, ninguna otra cosa se considere más que

1. ; Cuán superior puede ser un hombre á otro! FERRENCIO, *Eunuco*, act. II, esc. 3, v. 1.

por sus cualidades peculiares. Alabamos á un caballo por su vigor y destreza,

Volucrum
Sic laudamus equum, facili cui plurima palma
Fervet, et exsultat rauco victoria circo ¹,

no por los arreos que le adornan; á un galgo por su rápida carrera, no por el collar que lleva; á un halcón por sus alas, y no por sus adminículos venatorios; ¿por qué no hacemos otro tanto con los hombres, estimándolos sólo por las cualidades que constituyen su naturaleza? Tal individuo lleva una vida suntuosa, es dueño de un hermoso palacio, dispone de crédito y rentas, pero todo eso está en su derredor, no dentro de él. Si tratáis de adquirir un caballo, le despojáis primero de sus arneses, le veis desnudo y al descubierto; ó si tiene algo encima, como antiguamente se presentaban á nuestros príncipes cuando querían comprarlos, sólo les cubre las partes principales, cuya vista es menos necesaria para formar idea de sus cualidades, á fin de que no se repare en la hermosura del pelo ó en la anchura de sus ancas, sino más principalmente en las manos, los ojos y el casco, que son los miembros que prestan al animal mayores servicios:

Regibus hic mos est: ubi equos mercantur, opertos
Inspiciunt; ne, si facies, ut sæpe, decora
Molli fulta pede est, emptorem inducat hiantem,
Quod pulchræ clunes, breve quod caput, ardua cervix ²

¿por qué al poner nuestra atención en un hombre le consideramos completamente envuelto y empaquetado? Así no nos muestra sino las cosas que en manera alguna le pertenecen, y nos oculta aquellas por las cuales solamente puede juzgarse de su valer. Lo que se busca es el valor de la espada, no el de la vaina que la cubre; por aquélla no se daría quizás ni un solo ochavo si se viera desnuda. Es preciso juzgar al hombre por sí mismo, no por sus adornos ni por el fausto que le rodea, y como dice ingeniosamente un antiguo filósofo: «¿Sabéis por qué le creéis de tal altura? porque no descontáis los tacones.» El pedestal no entra para nada en la estatua, medidle sin sus zancos; que ponga á un lado sus riquezas y honores, y que se presente en camisa. ¿Tiene el cuerpo bien dispuesto á la realización de todas sus funciones? ¿Goza de buena salud, y está contento? ¿Cuál es el temple de su alma? ¿Esta es hermosa, ca-

1. Se estima un corcel arrogante y animoso, que muestra en la carrera su vigor hirviente; á quien nunca abate la fatiga, y que sobre la pista cubriose mil veces con el polvo que levantó su casco. JUVENAL, XIII, 57.

2. Cuando los príncipes compran sus caballos acostumbran á examinarlos cubiertos, temiendo que si por ejemplo un animal tiene los remos defectuosos y hermoso el semblante, como acontece con frecuencia, el comprador no se deje seducir por la redondez de la grupa, la delicada cabeza ó por el cuello levantado y apuesto. HORACIO, *Sát.*, I, 2, 36.

paz, y se halla felizmente provista de todas las prendas que constituyen un alma perfecta? ¿Es rica por sus propios dones, ó por dones prestados? ¿La es indiferente la fortuna? ¿Es capaz de aguardar los males con presencia de ánimo? ¿Posee empeño en saber si el lugar por donde la vida nos escapa es la boca ó la garganta? ¿Tiene el alma tranquila, constante y serena? He aquí todo cuanto es indispensable considerar para informarse de la extrema diferencia que existe entre los hombres. Es, como Horacio decía:

Sapiens, sibi que imperiosus;
 Quem neque pauperies, neque mors, neque vincula terrent;
 Responsare cupidinibus, contemnere honores
 Fortis; et in se ipso totus teres atque rotundus,
 Externi ne quid valeat per læve morari;
 In quem manca ruit semper fortuna ¹?

Un hombre de tales prendas está á quinientas varas por cima de reinos y ducados. Él mismo constituyese su propio imperio,

Sapiens... pol ipse fingit fortunam sibi ²:

¿qué más puede desear?

Nonne videmus,
 Nil aliud sibi naturam latrare, nisi ut, quoi
 Corpore sejunctus dolor absit, mente fruatur
 Jucundo sensu, cura semotum metuque ³?

Comparad con él la turba estúpida, baja, servil y voluble, que flota constantemente á merced del soplo de las múltiples pasiones que la empujan y reempujan, y que depende por entero de la voluntad ajena, y encontraréis que hay mayor distancia entre uno y otro que la que existe del cielo á la tierra. Y sin embargo la ceguedad de nuestro espíritu es tal que en las cosas dichas no reparamos al juzgar á los hombres, allí mismo donde si comparásemos un rey y un campesino, un noble y un villano, un magistrado y un particular, un rico y un pobre, preséntanse á nuestra consideración, por extremos diferentes, y no obstante podría decirse que no lo son más que por el vestido que llevan.

El rey de Tracia distinguiábase de su pueblo por modo bien característico y altanero; profesaba una religión distinta; tenía un dios para él solo, que á sus súbditos no les era permitido adorar, Mercurio, y desdeñaba las divinida-

1. ¿Es virtuoso y dueño de sus acciones? ¿sería capaz de afrontar la indignidad, la esclavitud y la muerte? ¿sabe resistir el empuje de sus pasiones y menospreciar los honores? Encerrado consigo mismo y semejante á un globo perfecto á quien ninguna aspereza impide rodar, ¿ha logrado que nada en su existencia dependa de la fortuna? HORACIO, *Sát.*, II, 7, 83.

2. El hombre prudente labra su propia dicha: PLAUTO, *Triumvulus*, acto II, esc. II, v. 48.

3. Oíd la voz de la naturaleza. ¿Qué es lo que de vosotros solicita? un cuerpo exento de dolores; un alma libre de terrores é inquietudes. LUCRECIO, II, 16.

des á que sus vasallos rendian culto: Marte, Baco y Diana. Tales distinciones no son más que formas externas, que no establecen ninguna diferencia esencial, pues á la manera de los cómicos que en escena representan ya un duque ó un emperador, ya un criado ó un miserable ganapan, y ésta es su condición primitiva, así el emperador cuya pompa os deslumbra en público,

Scilicet et grandes viridi cum luce smaragdi
 Auro includuntur, teriturque thalassina vestis
 Assidue, et Veneris sudorem exercita potat ¹:

edle detrás del telón; no es más que un hombre como los demás, y á veces más villano que el último de sus súbditos: *ille beatus introrsum est; istius bracteata felicitas est* ²; la cobardía, la irresolución, la ambición, el despecho y la envidia, le agitan como á cualquiera otro hombre:

Non enim gazæ, neque consularis
 Summovet licitor miseris tumultus
 Mentis, et curas laqueata circum
 Tecta volantes ³:

y la intranquilidad y el temor le dominan aun en medio de sus ejércitos.

Re veraque metus hominum, curaque sequaces
 Nec metuunt sonitus armorum, nec fera tela;
 Audacterque inter reges, rerumque potentes
 Versantur, neque fulgorem reverentur ab auro ⁴.

La calentura, el dolor de cabeza y la gota, le asaltan como á nosotros. Cuando la vejez pesa sobre sus hombros, ¿podrán descargarle de ella los arqueros de su guardia? Cuando el horror de la muerte le hiele, ¿podrá tranquilizarse con la compañía de los nobles de su palacio? Cuando se halle dominado por la envidia ó el mal humor, ¿le calmarán nuestros cortesés saludos? Un dosel cubierto de oro y pedrería carece por completo de virtud para aliviar los sufrimientos de un doloroso cólico.

Nec calidæ citius decedunt corpore febres,
 Textilibus si in picturis, ostroque rubenti
 Jactaris, quam si plebeia in veste cubandum est ⁵.

1. Porque en sus dedos brillan engastadas en el oro las esmeraldas más grandes y del verde más deslumbrador; porque va siempre ataviado con ricas vestiduras al disfrutar sus vergonzosos placeres. LUCRECIO, IV, 1123.

2. La felicidad del hombre cuerdo reside en él mismo. La exterior no es más que una dicha superficial y pasajera. SENECA, *Epist.* 115.

3. Ni los amontonados tesoros, ni las cargas consulares pueden libertarle de las agitaciones de su espíritu, ni de los cuidados que revolotean bajo sus artesonados techos. HORACIO, *Od.*, II, 16, 9.

4. El temor y las preocupaciones, inseparable cortejo de la vida humana, no se asustan del estrépito de las armas; muéstranse ante la corte de los reyes, y sin respetos hacia el trono se sientan á su lado. LUCRECIO, II, 47.

5. La fiebre nos os abandonará con mayor premura por estar tendidos sobre la púrpura, ó sobre tapiz rico y costoso. Con la misma fuerza os dominará que si estuviérais acostados en plebeyo lecho. LUCRECIO, II, 34.

Los cortesanos de Alejandro Magno le hacían creer que Júpiter era su padre. Un día que fué herido, al mirar cómo la sangre salía de sus venas: «¿Qué me decís ahora? dijo. ¿No es esta sangre roja como la de los demás humanos? Es bien diferente de la que Homero hace brotar de las heridas de los dioses.» El poeta Hermodoro compuso unos versos en honor de Antígono, en los cuales le llamaba hijo del sol; éste contestó que no había tal, y añadió: «El que limpia mi sillón de servicio, sabe muy bien que no hay nada de eso.» Es un hombre como todos los demás, y si por naturaleza es un hombre mal nacido, el mismo imperio del universo mundo no podrá darle un mérito que no tiene.

Puellæ

Hunc rapiant; quidquid calcaverit hic, rosa fiat¹;

¿Qué vale ni qué significa toda la grandeza si es un alma estúpida y grosera? El placer mismo y la dicha no se disfrutan careciendo de espíritu y de vigor:

Hæc perinde sunt, ut illius animus, qui ea possidet:
Qui uti scit, ei bona; illi, qui non utitur recte, mala².

Para gozar los bienes de la fortuna tales cuales son es preciso estar dotado del sentimiento propio para disfrutarlos. El gozarlos no el poseerlos, es lo que constituye nuestra dicha.

Non domus et fundus, non æris acervus, et auri,
Ægroto domini deduxit corpore febres,
Non animo curas. Valeat possessor oportet.
Qui comportatis rebus bene cogitat uti:
Qui cupit, aut metuit, juvat illum sic domus, aut res,
Ut lippum pictæ tabulæ, fomenta podagram³.

Si una persona es tonta de remate, si su gusto está pervertido ó embrutecido, no disfruta de aquéllos, del propio modo que un hombre constipado no puede gustar la dulzura del vino generoso, ni un caballo la riqueza del arnés que le cubre. Dice Platón que la salud, la belleza, la fuerza, las riquezas, y en general todo lo que llamamos bien, se convierte en mal para el injusto y en bien para el justo, y el mal al contrario. Además, cuando el alma ó el cuerpo sufren, ¿de qué sirven las comodidades externas, puesto que el más leve pinchazo de alfiler, la más insignificante

1. Que las doncellas se lo disputen, que por doquiera nazcan las rosas bajo sus plantas. PERSIO, II, 38.

2. Estas cosas son lo que su poseedor las trueca: bienes, para quien de ellas sabe hacer un uso acertado; males, para quien no. TERENCE, *Heautontimoroumenos*, acto I, esc. III, v. 21.

3. Esta soberbia casa, estas tierras dilatadas, estos montones de oro y plata ¿alejan las enfermedades y los cuidados de su dueño? Para disfrutar de lo que se posee precisa encontrarse sano de cuerpo y de espíritu. Para quien se encuentra atormentado por el temor y el deseo, todas esas riquezas son como el calor para un gotoso, ó como la pintura para aquel cuya vista no puede soportar la luz. HORACIO, *Epist.*, I, 2, 47.

pasión del alma bastan á quitarnos hasta el placer que podría procurarnos el gobierno del mundo? Á la primera manifestación del dolor de gota, al que la padece, de nada le sirve ser gran señor ó majestad,

Totus et argento conflatus, totus et auro¹;

¿no se borra en su mente el recuerdo de sus palacios y de sus grandezas? ¿Si la cólera le domina, su principalidad le preserva de enrojecer, de palidecer, de que sus dientes rechinen como los de un loco? En cambio, si se trata de un hombre de valer y bien nacido, la realeza añade poco á su dicha:

Si ventri bene, si lateri est, pedibusque tuis, nil
Divitiæ poterunt regales addere majus²;

verá que los esplendores y grandezas no son más que befa y engaño, y acaso será del parecer del rey Seleuco, el cual aseguraba que quien conociera el peso de un cetro no se dignaría siquiera recogerlo del suelo cuando lo encontrara por tierra; y era ésta la opinión de aquel príncipe por las grandes y penosas cargas que incumben á un buen soberano. No es ciertamente cosa de poca monta tener que gobernar á los demás cuando el arreglo de nuestra propia conducta nos ofrece tantas dificultades. En cuanto al mandar, que parece tan fácil y hacedero, si se considera la debilidad del juicio humano y la dificultad de elección entre las cosas nuevas ó dudosas, yo creo que es mucho más cómodo y más grato el obedecer que el conducir, y que constituye un reposo grande para el espíritu el no tener que seguir más que una ruta trazada de antemano, y el no tener tampoco que responder de nadie, más que de sí mismo:

Ut satius multo jam sit parere quietum,
Quam regere imperio res velle³.

Decía Ciro que no pertenecía el mando sino á aquel que es superior á los demás. El rey Hierón, en la historia de Jenofonte, dice más todavía en apoyo de lo antecedente: que en el goce de los placeres mismos son los reyes de condición peor que los otros hombres, porque el bienestar y la facilidad de los goces les quitan el sabor agrídulce que nosotros encontramos en los mismos.

Pinguis amor, nimiumque potens, in tædia nobis
Virtitur, et, stomacho dulcis ut esca, nocet⁴.

1. Todo cubierto de plata, todo resplandeciente de oro. TRIBULO, I, 2, 70.

2. ¿Tienes el estómago en regla y el pecho robusto? ¿Te encuentras libre del mal de gota? Las riquezas de los reyes no podrían añadir ni un ápice á tu bienandanza. HORACIO, *Epist.*, I, 12, 5.

3. Vale más obedecer tranquilamente que echarse á cuestras la pesada carga de los negocios públicos. LUCRECIO, V, 1126.

4. El amor disgusta cuando recibe buen trato. Es un alimento grato, cuyo exceso daña. OVIDIO, *Amor.*, II, 19, 25.

¿Acaso los monaguillos que cantan en el coro encuentran placer grande en la música? La saciedad la convierte para ellos en pesada y aburrida. Los festines, bailes, mascaradas y torneos divierten á los que no los presencian con frecuencia, á los que han sentido anhelo por verlos; mas á quien los contempla á diario le cansan, son para él inspidos y desagradables; tampoco las mujeres cosquillean á quien puede procurárselas á su sabor; el que no aguarde á tener sed, no experimentará placer cuando beba; las farsas de los titiriteros nos divierten, pero á los que las representan los fatigan y dan trabajo. Y la prueba de que todo esto es verdad, es que constituye una delicia para los príncipes el poder alguna vez disfrazarse, descargarse de su grandeza, para vivir provisionalmente con la sencillez de los demás hombres :

Plerumque gratæ principibus vices,
Mundæque parvo sub lare pauperum
Cenæ, sine aulæis et ostro,
Solicitam explicuere frontem ¹.

Nada hay tan molesto ni que tanto empache como la abundancia. ¿Qué lujuria no se asquearía en presencia de trescientas mujeres á su disposición, como las tiene actualmente el sultán en su serrallo? ¿Qué placer podría sacar de la caza un antecesor del mismo, que jamás salía al campo sin la compañía de siete mil halconeros? Yo creo que el brillo de la grandeza procura obstáculos grandes al goce de los placeres más dulces. Los príncipes están demasiado observados, en evidencia siempre, y se exige de ellos que oculten y cubran sus debilidades, pues lo que en los demás mortales es sólo indiscreción, el pueblo lo juzga en ellos tiranía, olvido y menosprecio de las leyes. Aparte de la inclinación al vicio diríase que los soberanos juntan el placer de burlarse y pisotear las libertades públicas. Platón en su diálogo *Gorgias*, entiende por tirano aquel que tiene licencia para hacer en una ciudad todo cuanto le place; por eso en muchas ocasiones la vista y publicidad de los monarcas es más dañosa para las costumbres que el vicio mismo. Todos los mortales temen ser vigilados; los reyes lo son hasta en sus más ocultos pensamientos, hasta en sus gestos; todo el pueblo cree tener derecho é interés en juzgarlos. Además, las manchas adquieren mayores proporciones según el lugar en que están colocadas; una peca ó una berruga en la frente parecen mayores que en otro lugar no lo sería una profunda cicatriz. He aquí por qué los poetas suponen los amores de Júpiter conducidos bajo otro aspecto diferente del suyo verdadero; y de tan

1. Los grandes gustan de la variedad; bajo la humilde techumbre del pobre una comida frugal aleja los cuidados de sus pechos. HORACIO, *Od.*, III, 29, 13.

diversas prácticas amorosas como le atribuyen, no hay más que una sola en que aparezca representado en toda su grandeza y majestad.

Pero volvamos á Hierón, el cual refiere también cuántas molestias su realeza le proporciona, por no poder ir de viaje con entera libertad, sintiéndose como prisionero dentro de su propio país, y á cada paso que da, viéndose rodeado por la multitud. En verdad, al ver á nuestros reyes sentados solos á la mesa, sitiados por tantos habladores y mirones desconocidos, he experimentado piedad más que ojeriza. Decía el rey Alfonso que los asnos eran en este punto de condición mejor que los soberanos; sus dueños los dejan pacer á sus anchas, y los reyes no pueden siquiera alcanzar tal favor de sus servidores. Nunca tuve por comodidad ventajosa, para la vida de un hombre de cabal entendimiento, el que tenga una veintena de inspeccionadores cuando se encuentra sentado en su silla de asiento; ni que los servicios de un hombre que tiene diez mil libras de renta, ó que se hizo dueño de Casai y defendió Siena, fueran mejores y más aceptables que los de un buen ayuda de cámara lleno de experiencia. Las ventajas de los príncipes son casi imaginarias; cada grado de fortuna tiene alguna imagen de principado; César llama reyezuelos á los señores de Francia, que en su tiempo tenían derecho de justicia. Salvo el nombre de Sire, que los particulares no tenemos, todos somos poderosos con nuestros reyes. Ved en las provincias apartadas de la corte, en Bretaña, por ejemplo, el lujo, los vasallos, los oficiales, las ocupaciones, el servicio y ceremoniales de un caballero retirado, que vive entre sus servidores; ved también el vuelo de su imaginación; nada hay que más de cerca toque con la realeza; oye hablar de su soberano una vez al año, como del rey de Persia, y no le reconoce sino por cierto antiguo parentesco que su secretario guarda anotado en el archivo de su castillo. En verdad nuestras leyes son sobrado liberales, y el peso de la soberanía no toca á un gentilhomme francés apenas dos veces en toda su vida. La sujeción esencial y efectiva no incumbe entre nosotros sino á los que se colocan al servicio de los monarcas, y tratan de enriquecerse cerca de ellos, pues quien quiere mantenerse obscuramente en su casa, y sabe bien gobernarla sin querellas ni procesos, es tan libre como el dux de Venecia. *Paucos seroitus, plures seroitutem tenent* ¹. Hierón insiste principalmente en la circunstancia de verse privado de toda amistad y relación social, en la cual consiste el estado más perfecto y el fruto más dulce de la vida humana. Porque, en realidad, puede decirse el monarca: «¿Qué testimonio de afecto ni de buena voluntad puedo yo

1. Pocos hombres están sujetos á la servidumbre; muchos más son los que á ella se entregan voluntariamente. SENECA, *Epist.* 22,

alcanzar de quien me debe, reconózcalo ó no, todo cuanto es y todo cuanto tiene? ¿Puedo yo tomar en serio su hablar humilde y cortés reverencia, si considero que no depende de él proceder de otro modo? El honor que nos tributan los que nos temen, no merece tal nombre; esos respetos tribútanse á la realeza, no al hombre:

Maximum hoc regni bonum est,
Quod facta domini cogitur populus sui
Quam ferre, tam laudare ¹.

¿No veo yo que esos honores y reverencias se consagran por igual al rey bueno ó malo, al que se odia lo mismo que al que se ama? De iguales ceremonias estaba rodeado mi predecesor; de idénticas lo será mi sucesor. Si de mis súbditos no recibo ofensa, con ello no me testimonian afección alguna. ¿Por qué interpretar su conducta de esta suerte, si se considera que no podrían inferirme daño aun cuando en ello pusieran empeño? Ninguno me sigue, ama, ni respeta por la amistad particular que pueda existir entre él y yo, pues la amistad es imposible donde faltan la relación y correspondencia; mi altura me ha puesto fuera del comercio de los hombres; hay entre éstos y yo demasiada distancia, demasiada disparidad. Me siguen por fórmula y costumbre, ó más bien que á mí á mi fortuna, para acrecentar la suya. Todo cuanto me dicen y todo cuanto hacen no es más que artificio, puesto que su libertad está coartada por doquiera, gracias al poder omnimodo que tengo sobre ellos; nada veo en derredor mio que no esté encubierto y disfrazado.»

Alabando un día sus cortesanos á Juliano el emperador porque administraba una justicia equitativa, el monarca les contestó: «Enorgulleceríanme de buen grado esas alabanzas si viniesen de personas que se atrevieran á acusar ó á censurar mis actos dignos de reproche.» Cuantas ventajas gozan los príncipes les son comunes con las que disfrutan los hombres de mediana fortuna (sólo en manos de los dioses reside el poder de montar en caballos alados y alimentarse de ambrosia), no gozan otro sueño ni apetito diferentes de los nuestros; su acero tampoco es de mejor temple que el de que nosotros estamos armados, su corona no les preserva de la lluvia ni del sol.

Diocleciano, que ostentó una diadema tan afortunada y reverenciada, resignóla para entregarse al placer de una vida recogida; algún tiempo después, las necesidades de los negocios públicos exigieron de nuevo su concurso, y Diocleciano contestó á los que le rogaban que tomara otra vez las riendas del gobierno: «No intentaría persuadirme con

1. La ventaja mayor de la realeza consiste en que los pueblos están obligados no sólo á soportarla, sino también á alabar las acciones de sus soberanos SENECA, *Thyest.*, acto II, esc. I, v. 30.

vuestros deseos si hubierais visto el hermoso orden de los árboles que yo mismo he plantado en mis jardines y los hermosos melones que he sembrado.»

En opinión de Anacarsis, el estado más feliz sería aquel en que todo lo demás siendo igual, la preeminencia y dignidades fueran para la virtud, y lo sobrante para el vicio.

Cuando Pirro intentaba invadir la Italia, Cineas, su prudente consejero, queriéndole hacer sentir la vanidad de su ambición, le dijo: «¿Á qué fin, señor, emprendéis ese gran designio? — Para hacerme dueño de Italia», contestó al punto el soberano. «¿Y luego, siguió el consejero, cuando la hayáis ganado? — Conquistaré la Galia y España. — ¿Y después? — Después subyugaré el Africa; y por último, cuando hayallegado á dominar el mundo, descansaré y viviré contento y á mi gusto. — Por Dios, señor, repuso Cineas al oír esto; decidme: ¿por qué no realizáis desde ahora vuestro intento? ¿por qué desde este momento mismo no tomáis el camino del asilo á que decís aspirar, y evitáis así el trabajo y los azares que vuestras expediciones acarrearán?»

Nimirum, quia non bene norat, quæ esset habendi
Finis, et omnino quoad crescat vera voluptas ¹.

Cerraré este pasaje con una antigua sentencia que creo singularmente adecuada al asunto de que hablo: *Mores cuique sui fingunt fortunam* ².

CAPÍTULO XLIII

DE LAS LEYES Suntuarias

El medio de que nuestras leyes se valen para reglamentar los locos y vanos dispendios de las mesas y de los vestidos de los ricos, parece contradecir su fin. Yo creo que el procedimiento verdadero sería inculcar á los hombres el desprecio del oro y de la seda como cosas inútiles y fútiles. Aumentamos el brillo y precio de esas cosas, lo cual es contraproducente para apartar á los hombres del lujo; pues el ordenar que sólo los príncipes pueden comer salmón y gastar terciopelos y galones de oro, é impedirselo al pueblo, ¿qué es si no dignificar el fausto y acrecentar en los demás el deseo de disfrutarlo? Que los reyes realicen el acto heroico de abandonar esas muestras de grandeza, puesto que de otras muchas disfrutan; tales excesos son más excusables en otro cualquiera que en un príncipe. Por el ejemplo que varias naciones nos dan, podemos adoptar mejores medios de distinguirnos exteriormente, y lo mis-

1. No conocía los límites que deben sujetar los deseos; ignoraba há dónde puede llegar el placer verdadero. LUCRECIO, V, 1431.

Cada cual se prepara á sí mismo su destino. CORN. NEE. *Vida de*

mo nuestras categorías respectivas (yo creo que cada cual debe tener los honores pertinentes á su rango), sin atizar por ello la corrupción manifiesta que al excesivo lujo acompaña. Es cosa peregrina el ver cómo la costumbre en estas cosas indiferentes implanta con facilidad suma el peso de su autoridad. Apenas si vestimos durante un año en la corte de paño negro por la muerte de Enrique II; verdad es que ya, en opinión de todos, las sedas se habían desprestigiado tanto, que si alguien se veía ataviado con ellas tomábanle desde luego por un plebeyo. Usábanlas sólo los médicos y cirujanos, y aunque alguien fuese vestido de igual modo existían diferencias visibles entre la categoría de las personas. ¡Cuán de pronto nuestros ejércitos dignifican, usándolos, los corpiños mugrientos de gamuza y de lienzo, y desdeñan los trajes ricos! Que los reyes sean los primeros en abandonar esos lujos, y un mes bastará para que los imitemos todos sin necesidad de edicto ni ordenanza. La ley debiera ordenar, por el contrario, la prohibición del color carmesí y las joyas á todo el mundo, salvo á los comediantes y cortesanas.

Por análogo procedimiento corrigió Zeleuco las costumbres corrompidas de los locrios. Sus ordenanzas declaraban « que la mujer de condición libre no podía llevar consigo más que una criada, salvo cuando aquélla estuviera borracha; que de noche no pudiera salir fuera de la ciudad, ni llevar joyas de oro para adornar su persona, ni traje enriquecido con brocado, si no era mujer pública ó ramera; y que excepción hecha de los rufianes, á ningún otro se le permitiera llevar anillos de oro, ni traje lujoso, como son los que se hacen con las telas tejidas en la ciudad de Mileto ». Así, valiéndose de esas excepciones vergonzosas, apartaba ingeniosamente á sus ciudadanos de las superfluidades y goces perniciosos; era un medio útil de atraer á los hombres por ambición y honor al deber y á la obediencia.

Todo lo pueden nuestros reyes en tales reformas externas; su voluntad sirve pronto de ley: *Quidquid principes faciunt præcipere videntur*¹: el resto de Francia toma por norma la regla de la corte. Que se despojen de esa fea vestidura que muestra al descubierto la huella de nuestros miembros ocultos; de ese pesado y abultado corpiño, que nos hace distintos de lo que realmente somos, y que es tan incómodo para encerrarlo dentro de la coraza; de esas cabelleras luengas que nos afeminan; de la costumbre de besar las manos al saludar, ceremonia que se practicaba en otro tiempo sólo con los príncipes; evítese también el que un gentilhombre se encuentre en lugar de respeto sin tener la espada al costado, al desgaire y desabotonado, como si saliera

1. Todo cuanto los príncipes hacen dírase que lo ordenan á los demás. QUINTILIANO, *Declam.*, 3, p. 48, edic. de 1665.

del retrete. Contra la costumbre de nuestros padres y la privativa libertad de la nobleza de nuestro reino, nos mantengamos descubiertos, aun estando bien lejos del soberano, en cualquier lugar que en éste se encuentre, de la propia suerte que ante cien otros: tan grande es el número que tenemos de tercios y cuartos de reyes; que se borren igualmente otras novedades análogas y no menos viciosas, y muy luego se verán desacreditadas y desvanecidas, sin que de ellas quede señal alguna. Son errores superficiales, mas por lo mismo de mal augurio, y sabemos por experiencia que el muro amenaza ruina cuando vemos descascarillarse el revoque de las paredes de nuestras casas.

Platón, en sus leyes, cree que no hay peste más perjudicial para su ciudad ideal, ni más dañosa, que el dejar á la juventud en libertad de cambiar los trajes, las diversiones y lo mismo los gestos, danzas, ejercicios y canciones, y el que pase de unos á otros, removiendo su juicio, ya en una dirección, ya en la contraria; corriendo en pos de novedades y honrando á los que las inventan: todo lo cual contribuye á que las costumbres se corrompan, y á que las instituciones antiguas se desdeñen y caigan en descrédito. En todas las cosas, salvo naturalmente en las dañosas, la mutación es de temer: el cambio de las estaciones, el de los vientos, el de los alimentos que nos sustentan y el de los humores que nos gobiernan. Ninguna ley es digna de tanto crédito como aquellas á que Dios ha concedido duración bastante, de suerte que nadie conozca cuándo tuvieron su origen, ni que hayan sido jamás distintas.

CAPÍTULO XLIV

DEL DORMIR

La razón nos ordena seguir siempre el mismo camino, pero no constantemente con igual paso, y aunque el filósofo no deba consentir que las humanas pasiones se desvien de su derecho cauce, puede muy bien, sin faltar á su deber, darlas la libertad de apresurar ó retardar su marcha, y no quedarse detenido cual coloso inmóvil é impassible. Aunque la propia virtud estuviera encarnada en él, su pulso se encontraría más agitado yendo á un asalto que cuando va á sentarse á la mesa; y á veces es necesario que la misma virtud tome alientos y adquiera vigor. Por esta razón he advertido como cosa singular el ver algunas veces á los grandes personajes, en las empresas más preclaras y en los negocios más importantes, mantenerse tan firmes en su actitud, que ni siquiera dejaron de reparar sus fuerzas con el sueño. Alejandro el Grande, el día mismo asignado

para librar la furiosa batalla contra Darío, durmió tan profundamente y hasta una hora tan avanzada de la mañana, que Parmenión se vió obligado á entrar en su cuarto, acercarse al lecho, y llamarle hasta dos ó tres veces para despertarle, pues llegaba la hora del combate. Habiendo decidido darse la muerte el emperador Otón, durmió sosegadamente la víspera, después de haber puesto en orden sus asuntos domésticos, distribuido su caudal entre sus servidores, y afilado el corte de la espada con que se quería sacrificar; y reposó tan profundamente que sus criados le oían roncar. La muerte de este emperador guarda analogía grande con la del gran Catón, hasta en la circunstancia de dormir sueño reposado, pues éste, hallándose casi á punto de suicidarse, mientras aguardaba nuevas de si los senadores á quienes había ordenado retirarse se habían alejado del puerto de Utica, se echó á dormir con tantas ganas, que los ronquidos se oían en la habitación vecina; y habiéndole despertado la persona que había enviado al puerto para decirle que la tormenta impedía partir á los senadores, mandó á otro mensajero, y se entregó de nuevo al sueño hasta que supo que aquéllos habían marchado. Guarda también analogía la muerte de Catón el Grande con la acción dicha de Alejandro Magno, en la tempestad peligrosa que le amenazaba en la época en que el tribuno Metelo quería publicar el decreto de llamamiento de Pompeyo á la ciudad con su ejército, cuando tuvo lugar la conjuración de Catilina; Catón sólo era el que se oponía á tal decreto; él y Metelo mantuvieron en el senado una discusión ruda. Al día siguiente, en la plaza pública, había de dilucidarse la cuestión. Metelo, además de contar con el favor del pueblo y el de César, que conspiraba entonces en beneficio de Pompeyo, disponía de gran número de esclavos extranjeros y de esgrimidores. A Catón sólo alentaba y fortificaba su firmeza, de suerte que su familia, sus criados y muchas buenas gentes estaban con gran cuidado, y algunos pasaron la noche juntos, sin querer dormir, beber ni comer, por el peligro á que le veían abocado; la misma esposa de Catón y sus hermanas no hacían más que llorar y afligirse en la casa; pero aquél, por el contrario, los animaba á todos, y después de haber cenado como de costumbre, se acostó y durmió profundamente hasta la mañana; entonces uno de sus compañeros en el tribunado fué á despertarle para que se encaminara á la escaramuza. El conocimiento que tenemos de la grandeza de alma y del valor de Catón por las demás acciones de su vida, puede servir á hacernos juzgar á ciencia cierta que su firmeza emanaba de un alma tan por cima de aquel acontecimiento, como de los accidentes más insignificantes de la vida.

En el combate naval que Augusto ganó á Sexto Pompeyo en Sicilia, en el instante de dirigirse el emperador al en-

cuentro, fué dominado por un sueño tan fuerte, que hubo necesidad de que sus amigos le despertaran para dar la señal de la batalla; esto dió margen á Marco Antonio para reprocharle luego de que no se había atrevido siquiera á mirar la disposición de su ejército, ni tampoco á presentarse ante sus soldados, hasta que Agripa le anunció la nueva de la victoria que había alcanzado contra sus enemigos. Mario el joven dió todavía muestra de mayor presencia de ánimo: el día de su último encuentro contra Sila, después de haber dispuesto el orden de su ejército y dado la palabra y signo de la batalla, se tendió al pie de un árbol, á la sombra, para descansar, y se durmió tan profundamente, que apenas si le despertaron la huida y derrota de sus huestes, y no vió ninguna de las peripecias del combate. Refiérese que se encontraba extenuado por la fatiga hasta tal extremo, y tan falto de sueño, que no pudo ya mantenerse derecho. A este propósito decidirán los médicos, de si el dormir es tan necesario, que la falta de reposo pueda poner en peligro nuestra vida. Sabemos que á Perseo, rey de Macedonia, que fué hecho prisionero en Roma, se le hizo morir no dejando que durmiera; pero Plinio habla de gentes que vivieron largo tiempo sin pegar los ojos, y Herodoto de naciones en las cuales los hombres duermen y velan por medios años; los autores de la vida del sabio Epiménides cuentan que durmió durante cincuenta y siete consecutivos.

CAPÍTULO XLV

DE LA BATALLA DE DREUX

En nuestra batalla de Dreux ¹ hubo bastantes incidentes curiosos; mas aquellos que no favorecen mucho la reputación militar del duque de Guisa aseguran que éste no puede excusarse de haberse detenido y aguardado con las fuerzas que mandaba, mientras atacaba la artillería al condestable, que era el jefe del ejército. Aquéllos añaden que hubiera valido más correr el riesgo de atacar por el flanco al enemigo, que aguardar la ventaja de verlo pasar, y sufrir una pérdida tan importante. Además de lo que el desenlace testifica, quien discuta sin pasión se verá obligado á confesar, á mi entender, que el designio y último propósito, no sólo de un capitán, sino de todo soldado, debe encaminarse á la victoria en conjunto, y que ninguna circunstancia particular, sea cual fuere el interés que revista, debe apartar la mira de aquel fin. Filopómeno en un encuentro con Macani-

1. Tuvo lugar en 1532, reinando Carlos IX, y fué ganada bajo el mando del duque de Guisa

das, envió á la vanguardia para comenzar la escaramuza una nutrida tropa de arqueros y piqueros; el enemigo, luego de haberlos derrotado, los persiguió con encarnizamiento, y pasando después de la victoria á lo largo de la falange en que se encontraba Filopómeno, aunque sus soldados estuvieran briosos, éste no se movió de su lugar ni presentó batalla para auxiliar á sus huestes; pero habiendo consentido en verlas destrozarse ante sus ojos, emprendió la carga y atacó á la infantería cuando la vió abandonada por las gentes de á caballo. Aunque eran lacedemonios, como se las hubo con ellos en el momento en que creían tener ganada la partida, comenzaron pronto á desordenarse y pudo con facilidad vencerlos, persiguiendo luego á Macanidas. Este caso es en todo parecido al del señor duque de Guisa.

En la encarnizada batalla de Agesilao contra los beocios, en que Jenofonte se encontró, y á la cual llama la más terrible que jamás viera, Agesilao rechazó la ventaja que la fortuna le ofrecía de dejar libre el paso á las tropas beocias, y el atacarlas por la retaguardia, aunque de tal suerte tuviera por cierta la victoria, estimando que en ello había más argucia que valentía; y para mostrar su proeza, lleno de un ardor singular, prefirió embestir de frente, pero fué derrotado y herido, y se vió obligado á salir de su situación tomando el partido que había rechazado; al comienzo separó á sus gentes para dejar paso al torrente de beocios, y luego que hubieron desfilado, fijándose en que marchaban en desorden, como quien cree estar fuera de todo riesgo, los siguió y atacó por los flancos, mas no por ello pudo cortarles la retirada, porque se alejaron despacio, mostrándose siempre fieros hasta que se pusieron en salvo.

CAPÍTULO XLVI

DE LOS NOMBRES

Cualesquiera que sea la diversidad de hierbas de que se componga, el conjunto se comprende siempre bajo el nombre de ensalada; así, con motivo de hablar aquí de los nombres, quiero hacer un picadillo de diversos artículos.

Cada nación tiene algunos que se toman, no sé por qué razón, en mala parte, y entre nosotros los de Juan, Guillermo¹ y Benito. Parece haber en la genealogía de los príncipes ciertos nombres fatalmente predestinados á determinados países, como el de Tolomeo en Egipto, el de Enrique en Inglaterra, el de Carlos en Francia y el de Balduino en Flandes. En nuestra antigua Aquitania teníamos el de Guillermo, de donde se dice que por una singular

1. Según el Diccionario de Trévoux en lo antiguo se llamaba Guillermo en Francia á las personas de que no se hacía gran caso.

casualidad deriva el nombre de Guiena. Esta derivación parecerá extraña á primera vista, pero todavía se encuentran algunas cosas más peregrinas en las obras de Platón mismo.

Es una cosa sin importancia, mas sin embargo digna de memoria por su extrañeza, y escrita por testigo ocular, que Enrique, duque Normandía, hijo de Enrique II, rey de Inglaterra, en ocasión en que daba un banquete en Francia, los nobles concurrieron á la fiesta en número tan considerable, que habiendo por pasatiempo dividiéndose en grupos por la semejanza de sus nombres, en el primero, que fué el de los Guillemos, hubo hasta ciento diez caballeros sentados á la mesa que llevaban este nombre, sin contar los criados, ni los que no eran más que simples gentilhombres.

Tan curiosa como distribuir las mesas por los nombres de los asistentes era la costumbre del emperador Geta, el cual ordenaba el servicio de los diversos platos de carnes atendiendo á la letra con que éstas empezaban; servíanse primero aquellas cuya inicial era la M, y así los demás manjares.

Dícese que es conveniente tener buen nombre, es decir, reputación y crédito; pero además es también útil tener uno sonoro y que fácilmente pueda pronunciarse y retener en la memoria, pues de tal suerte, los reyes y los grandes nos conocen con mayor facilidad, y nos olvidan menos. Entre los criados de nuestro servicio, mandamos más ordinariamente y empleamos con más frecuencia á aquellos que tienen uno cuya pronunciación es cómoda y que viene á la lengua con mayor facilidad. Yo he visto al rey Enrique II no poder mentar á derechas á un gentilhombre de esta provincia de Gascuña; y porque era muy raro el que llevaba una camarera de la reina, el mismo rey Enrique II creyó oportuno designarla con el dictado general de la casa á que pertenecía. Sócrates estimaba digno del cuidado paternal el dar á los hijos un nombre hermoso.

Refiérese que la fundación de Nuestra Señora la Grande, de Poitiers, debió su origen á que un joven de malas costumbres que vivía allí, habiendo llevado á su casa una doncella á quien preguntó su nombre, que era el de María, sintióse tan vivamente ganado, al oírlo, por los sentimientos piadosos y por el respeto del dictado sacrosanto de la Virgen, madre de nuestro Salvador, que no sólo la dejó marchar, sino que se enmendó de sus yerros para todo el resto de su vida. En consideración de este milagro fué edificada en la misma plaza donde estaba la casa del joven, una capilla bajo la advocación de Nuestra Señora, y luego la iglesia que hoy vemos. Esta conversión, vocal y auricular, tocó derecha en el alma del pecador. La siguiente, del mismo género, insinuóse por mediación de los sentidos corporales. Estando Pitágoras en compañía de unos jóve-